



Tiempo y eternidad en la doctrina litúrgica de Odo Casel

*Miguel Paz, L.C.**

Introducción: nuestra contemporaneidad con Cristo

Es intención de este artículo el sacar las consecuencias de la afirmación de nuestra contemporaneidad con Cristo a través de la Liturgia de la Iglesia. Seguiremos la exposición que Odo Casel hace en *El misterio del culto cristiano*¹ y luego pasaremos a ver cómo esta enseñanza se encuentra reflejada y desarrollada en la doctrina actual de la Iglesia, tomando principalmente como puntos de referencia los documentos del *Concilio Vaticano II* y el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Después de haber examinado en los capítulos anteriores la presencia del Misterio de Cristo en la Celebración Eucarística y en los sacramentos y sacramentales, en los capítulos restantes de su libro, Casel afronta el argumento de la presencia del Misterio de Cristo en el año litúrgico, tanto en su conjunto como en cada uno de sus diversos tiempos

* Profesor ordinario de Teología Dogmática en el Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*.

¹ Tomo como obra de referencia *Il mistero del culto cristiano* (Borla, Torino 1966), versión italiana de la obra básica de Casel: *Das christliche Kultmysterium*. Esta versión, con prefacio de S. Marsili osb., ha sido realizada sobre la 4ª edición alemana (1960) a cargo de Burkhard Neunheuser osb. Las citas textuales son traducción mía del original italiano (aunque existe una versión española, ya agotada, de la edición del 48: *El misterio del culto cristiano*, Ed. Dinor, San Sebastián 1953). En adelante hago referencia a esta obra con la abreviación: «*Il mistero del culto cristiano*».

y fiestas. Después pasa a analizar esta presencia en el día litúrgico, ritmado por la celebración de la Liturgia de las horas. Dado que la Liturgia de las horas es fundamentalmente oración, al afrontar este tema Casel desarrollará también su doctrina sobre la oración cristiana y su relación *sacramental* con la oración de Cristo.

I. El año litúrgico y el «hoy» de la Liturgia

Razón de ser del ciclo litúrgico anual

Comienza Casel preguntándose el porqué de un año litúrgico circular. No solo por motivos pedagógicos, aclara. El protagonista del año litúrgico es el Señor glorificado unido a su Esposa, la Iglesia, la cual esencialmente está ya en el cielo, «como una Esposa que se adorna para su Esposo» (Ap 21,2). Pero si la Cabeza está en el cielo, los miembros aún caminan por esta tierra, y tienen necesidad del recambio que es propio de la vida natural. Eternidad en el cielo y tiempo en la tierra: esta es la razón de la circularidad del culto cristiano. Con ello el ciclo del culto cristiano queda al margen, como subraya Casel, de cualquier interpretación naturalística, que pretenda considerarlo como expresión de un ciclo eterno, divino. Cristo y la Iglesia en su dimensión celeste, no tienen necesidad de recambio². Esto no quiere decir que Casel tenga un concepto «estático» de la eternidad, como veremos. No hay «recambio», pero sí eterno «intercambio».

El año litúrgico, el «*anni circulus*», en su perfecta circularidad, era para los antiguos cristianos símbolo de lo eterno, de lo divino. Representaba la vida, pero la vida eterna. El retorno de los ciclos anuales tiene por finalidad poner de relieve el carácter divino del misterio de Cristo. Cristo es, como dice S. Ambrosio en su *Himno de la Mañana*, «el verdadero día, del cual el día natural recibe luz» y «el verdadero sol, que reluce en un eterno esplendor». Cristo es el día que hace esplender la luz de la eternidad, la «*phôs 'anésperon*» de la Liturgia griega. Cristo nos da en el año litúrgico un reflejo terreno, místico, de su día eterno junto a Dios. Nosotros no podemos ver al Señor en su gloria, pero lo

² Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 108-109.

poseemos en la fe y en los misterios que visiblemente ha confiado a su Iglesia. *El año litúrgico es por eso, el misterio de Cristo*³.

Tiempo y eternidad en los misterios de Cristo

Los misterios de Cristo tienen un doble carácter: *en sí mismos son sobrenaturales*, divinos, pero al mismo tiempo *tienen un reflejo en el devenir histórico*. El año litúrgico contiene tanta parte de la vida terrena del salvador, que al final del tardo medievo era considerado como una meditación de la vida de Cristo y una participación espiritual en ella; sin embargo, así entendido, el año litúrgico no supondría más que una *unión moral* con el Señor, y no una *unión mística, sustancial*⁴, cosa que, como enseñan el mismo Cristo y San Pablo, es el objetivo y el contenido esencial de la vida cristiana. No sería un sumergirse en el *Pneuma* de Cristo, en la vida eterna de Dios. Es cierto que debemos meditar en lo que nos propone la Palabra de Dios en las diversas lecturas del ciclo litúrgico, pero esto no nos conduciría a Dios si no lo hacemos llevados por el Espíritu de Dios místicamente presente⁵.

Casel recuerda que el Cristo objeto de la historia y el Cristo accesible solo a la fe, el Cristo de los misterios, no son diversos sino dos aspectos indisolublemente unidos del mismo Cristo. A la luz de su Misterio Pascual, incluso los acontecimientos más humildes de su vida terrena aparecen en una luz nueva y verdaderamente divina, se revelan manifiestamente como acciones divinas. En el año litúrgico debemos vivir esta vida de Cristo Señor, desde el seno de la Virgen al trono en lo alto de los cielos, *este Misterio*. Casel insiste, de frente a algunas concepciones sobre la Liturgia de su época, en que no se trata simplemente de contemplar sentimentalmente estas realidades, lo que podría hacer también un no bautizado, sino que se trata de hacerlas nuestras, celebrando el misterio de Cristo. Debemos hacerlo no solo esperando iluminaciones

³ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 110-111.

⁴ Neunheuser aclara en nota a pie de página que para Casel «sustancial» quiere decir «real», «esencial», en oposición a «externo» o solamente «moral». Tal unión auténtica y real con Cristo –continúa Neunheuser– no prejuzga en algún modo la autonomía personal de los unidos y menos aún la diferencia entre creador y creatura. Cuando Casel habla de «participación en la sustancia de Dios», se refiere a la «participación en la naturaleza divina» de la que habla la segunda carta de S. Pedro (1,4). Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 185.

⁵ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 111-112.

y gracias, sino *participando a la objetiva espiritual realidad* de Cristo *presente*. Los misterios litúrgicos nos re-presentan las acciones salvíficas del Señor, desde su Encarnación a la Ascensión al cielo, de la forma más concreta, real, y con todo, en un modo espiritual y divino, como corresponde a la naturaleza espiritual de Dios⁶. Recuérdese que para Casel, «espiritual» no quiere decir simplemente «interior» o «moral», sino «pneumático», es decir, por la fuerza del Espíritu⁷.

Casel afirma que podemos recorrer junto con el Señor la vía de la Redención, que conduce de la muerte el pecado, porque Él, en el misterio, *renueva* su vida terrena como vía de salvación. Así, su nacimiento, no es solo un acontecimiento más o menos idílico o austero, según se mire, sino la epifanía de la divinidad en carne humana para la redención y santificación del mundo. Su muerte no es solo un tremendo tormento, sino el sacrificio voluntario del Hombre-Dios, la suprema Liturgia del único y verdadero sacerdote, la ofrenda de amor del Hijo al Padre, la fuente de la resurrección. El misterio no quita a estas acciones nada de su concreta realidad, pero las explica como parte del plan salvífico de Dios, escondido en Dios desde toda la eternidad, manifestado después en la historia y destinado a encontrar su cumplimiento de nuevo en la eternidad. El año litúrgico puede celebrar estos acontecimientos debido al *contenido eterno en ellos escondido. La acción redentora de Cristo que conduce a los hombres a la eternidad constituye este contenido*⁸.

Unidad y pluralidad en el ciclo litúrgico

Pero, aclara Casel, si el misterio de Cristo se propone en el año litúrgico en fases *diversas y graduales* es en razón de la *limitación humana*, en realidad se trata de una acción salvífica *unitaria*, es decir, en cada circunstancia del ciclo anual se reproduce el misterio de salvación en su integridad. *El año litúrgico en su integridad es pues un único misterio que culmina en el Misterio Pascual*, que a su vez es celebrado, en dimensiones reducidas, cada domingo. Así pues, cuando celebramos el Adviento, no lo hacemos como si todavía no hubiéramos sido redimidos,

⁶ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 112-113.

⁷ Sobre el concepto de «Pneuma» en Casel, cfr. mi artículo *El sacramento como participación a la vida divina*, en *Alpha Omega* 2 (1999), 222-227.

⁸ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 114-115.

sino en la certeza de que el Señor ya ha venido, y la esperanza de los patriarcas nos sirve de modelo para acogerlo mejor en nosotros; lo mismo ocurre con la Cuaresma, es un prepararse para identificarse más con la muerte de Cristo para que su resurrección se manifieste más plenamente en nosotros.

La razón por la cual el año litúrgico no es una reproducción meramente externa, teatral, de la vida de Cristo es que *en cada celebración aparentemente parcial, es celebrada la Misa, en la cual ocurre el todo*. El misterio está siempre completo, *cambia el punto de vista* bajo el cual se considera. Por ejemplo, la Epifanía, a la que se añadió sucesivamente la Navidad, no es exclusivamente la celebración del nacimiento de Cristo, sino del entero misterio de la Redención considerado ahora *bajo el punto de vista* de la Encarnación del Verbo. No hay un misterio ritual que exprese propia y principalmente la Encarnación, como en la Misa se hace presente el misterio de la muerte de Cristo. Lo celebramos cuando celebramos el misterio de la muerte de Cristo, porque la Encarnación y la consiguiente Epifanía son el inicio del misterio de la Redención que es perfecto y completo solo en la cruz. Así, la Epifanía es todo el misterio de la Redención bajo un determinado punto de vista⁹.

La Misa es, pues, la fuente de la unidad del Misterio, pero ¿cómo se logra a la vez la unidad del misterio y la pluralidad de sus expresiones? Casel responde: *por medio de la Palabra de Dios*, y continúa explicando que la Misa es siempre el *culmen* de la Liturgia, porque contiene el misterio de la Redención en su *fuentes*, que es la muerte y glorificación de Cristo; de esta fuente mana una corriente majestuosa formada por los sacramentos y sacramentales. En las orillas de este río se desarrolla la *Palabra* espiritual de la Liturgia, que envuelve e ilumina el rito. La Palabra de la Sagrada Escritura y de la Liturgia no es simple palabra humana, sino que, como afirma Isaías, está llena de fuerza divina. También en la palabra encontramos una presencia divina. De este modo *la palabra toma parte en la eficacia operativa de los misterios*¹⁰. En conclusión, Casel afirma: «en la *predica* y más todavía en la *Palabra* de

⁹ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 115-116. Cf. también 193.

¹⁰ Casel cita a Pascasio Radberto: «Un sacramento está también contenido en los escritos divinos, ya que el Espíritu Santo en estos escritos, mediante palabras eficaces opera interiormente algo» (*Liber de Corpore et Sanguine Domini*, c.3, PL 120, 1276). Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 117.

la Escritura anunciada litúrgicamente en el evangelio, la acción salvífica de Cristo se hace presente en la eficacia del *Pneuma* [...] En ella y a través de la fe de la cual es mediadora, el hombre, en modo escondido pero real, a través de la palabra que le llega, entra en unión con Cristo que muere y que resucita»¹¹.

S. Marsili en su prefacio a la edición italiana que estamos manejando, resume así la doctrina de Casel: «la Liturgia es, en cuanto continuación de la obra de la salvación, afirmación del *primado del misterio de la Encarnación* [...] es una *actuación*, por *símbolos e imágenes*, de las *acciones salvíficas de la Redención* [...] Bajo este aspecto, la Liturgia no se interesa en primer lugar de la vida del Señor bajo el punto de vista histórico, de la sucesión de eventos fraccionados en el tiempo, sino que *tiene siempre presente* ante sí misma y en sí misma *todo el misterio entero de la Encarnación*, aunque celebre distintamente sus diversas manifestaciones. Pero incluso en éstas, aun considerando los aspectos de ejemplaridad moral que aparecen en ellas, la Liturgia ve sobre todo el *aspecto sacramental*, o sea, las contempla como *momentos* en la evolución del Misterio de la Salvación. Por otro lado, estos mismos *momentos* no se ven en una reminiscencia del evento *pasado*, sino más bien en una *presencia o re-presentación*¹² sacramental del mismo. Esto vale, naturalmente, en primer lugar, para *los sacramentos*, que son auténticas intervenciones del misterio de Cristo en el hombre, pero vale también, según Casel, para *las fiestas del año litúrgico*, al menos cuando se trata de fiestas que son *momentos* de la economía divina, o sea, de la revelación y de la actuación del misterio redentor en Cristo. Las mismas fiestas de la Virgen o de los santos vienen a ponerse así bajo la luz de Cristo, porque son conmemoraciones de aquellos en quienes la Redención ha sido eficazmente realizada»¹³.

¹¹ *Il mistero del culto cristiano*, 186.

¹² «Ripresentazione» en el original. El correspondiente al español «representación» es en italiano «rappresentazione».

¹³ *Il mistero del culto cristiano*, 7-8.

El «hoy» de la Liturgia: nuestra contemporaneidad con las acciones de Cristo

A partir de esta presencia del misterio en su totalidad en el *Logos* y en el *rito*, se explica cómo la Iglesia pueda cantar en relación con el misterio puesto de relieve, el solemne «hoy». Como el *año entero* esconde en sí una presencia divina, así también *cada día* del círculo anual porta consigo el acontecimiento salvífico que lo ha santificado el día histórico en que ocurrió. Los *símbolos* objetivos expresan la *unidad* del misterio, presente en la Misa; la *Palabra* expresa la *multiformidad*. En todo caso, la *presencia divina* y no un simple pensamiento humano es el sentido auténtico del misterio. Si el alma creyente recorre verdaderamente como un misterio el año místico, en unión con la propia madre, que es la Iglesia, todo lo que se contiene en el año litúrgico, se hará para ella *realidad operante*¹⁴.

Casel termina aquí su capítulo dedicado al año litúrgico, pero al hacer así abre un campo de su pensamiento, el sentido de la *contemporaneidad* con las acciones de Cristo a través de sus misterios. Profundizamos en este aspecto siguiendo algunos de los textos recogidos por Neunheuser en el primer apéndice a la edición que manejamos.

En una conferencia sin fecha¹⁵, Casel afirma que el mundo de conceptos de S. Pablo resiente del modo de pensar platónico¹⁶. Muerte y resurrección serían los prototipos, las «ideas ejemplares» y los misterios las imágenes derivadas, participando a la reproducción, alcanzamos el prototipo. Por ejemplo, la Misa no solo representa y comunica los frutos de la Pasión, sino que es una reproducción operante de la Pascua de Cristo, y nos *incorpora* inmediatamente con aquello que una vez ocurrió en Cristo. El sacrificio de la Misa tiene la *fuera* de hacernos *contemporáneos* con la acción salvífica de Cristo, de colocarnos en la *presencia inmediata* de su obra. No son nuestros sentimientos, ni nuestras

¹⁴ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 119.

¹⁵ Probablemente pronunciada por los años 43-46.

¹⁶ No entramos aquí en la discusión del influjo del helenismo en el pensamiento de S. Pablo; no nos interesa tanto el trasfondo cultural cuanto la doctrina en sí. Véase a este respecto lo dicho en mi artículo *El origen de las formas del culto cristiano según Odo Casel*, en *Alpha Omega* 1 (1998), 475-495.

acciones morales, sino la acción salvífica *objetiva* la que nos introduce en el misterio, en el Cuerpo y el *Pneuma* de Cristo, «*en Christó*»¹⁷.

Para Casel, esta contemporaneidad es posible por la *dimensión supratemporal* de las acciones divinas. La muerte y resurrección de Cristo no eran simples eventos históricos, sino *acciones salvíficas*, y en cuanto que obra la *salvación*, esta historia *trasciende* el tiempo¹⁸. La acción reveladora de Dios, dice en otro lugar, no se detiene en el ámbito estrictamente histórico, sino que trasciende en el campo de la *Liturgia celeste*, como se puede leer en la carta a los Hebreos. La Eucaristía, es la anámnesis no solo de la muerte del Señor, sino también de su *resurrección y ascensión*, abraza pues, cosas que trascienden la historia inmanente y se extienden en el campo propiamente divino¹⁹. Más adelante afirma que si bien el fundamento histórico forma parte del misterio cristiano y la grandeza de este consiste precisamente en el hecho de que su base no está constituida por un mito, sino por una realidad histórica, también es verdad que el misterio no permanece en los límites de los hechos históricos, sino que los contempla en su *eterno valor salvífico*, que es lo que cuenta en la vida religiosa. La cruz de Cristo es ciertamente algo histórico, pero es también la *superación de la historia*, en cuanto que nos *libera* de este mundo y nos *introduce* en la *eternidad* de Dios²⁰.

El «hoy» de la Liturgia: nuestra participación en el «hoy» de Dios

Dios es *presencia y actualidad* –continúa Casel–; para Él existe un «*hoy*» eterno, una actualidad y presencia que nunca decae. Dios nos ha dado la posibilidad de tener en esta vida un contacto con su presencia divina y el «*hoy*» eterno: a través de los misterios del culto. En su celebración, también para nosotros no hay ni pasado ni futuro, sino solo actualidad; por ejemplo, la muerte del Señor y su parusía se hacen, en el misterio, presencia y actualidad. A través de los misterios, *Dios nos introduce en su vida divina*: en el «*hoy*» eterno propio de Dios, *participamos a la acción propia de la vida eterna*. Y esta acción propia de la vida eterna, esta «*Liturgia celeste*» es *la vida misma intratrinitaria*.

¹⁷ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 168.

¹⁸ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 194.

¹⁹ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 179.

²⁰ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 188.

El misterio nos une a la acción de Cristo, gracias a la cual, el *Pneuma* eterno fluye incesantemente en los hombres y en la creación a través de Cristo y también a través de Él, retorna al Padre²¹.

Como consecuencia, Casel afirma que *el cristiano vive eternamente en esta Liturgia*, porque *en Cristo* está constantemente delante del Padre. La celebración *externa* pasa, pero la *interna* permanece. Casel explica que en la antigüedad, el culto estaba ligado al tiempo y al lugar; Cristo sustrajo el culto al tiempo, le dio una dimensión verdaderamente trascendente. Como Cristo Nuestro Señor ha pasado con su muerte a la eternidad, así también el culto cristiano se encuentra en la esfera de la trascendencia, de la eternidad. Si tenemos determinados tiempos y lugares para celebrar, no es porque celebremos la naturaleza espacio-temporal, sino lo que ella simboliza. Según el *Pneuma* en la eternidad, según el *cuero* en el tiempo, el cristiano vive en una *perpetua celebración*, siempre en presencia del Padre, *ora por medio del Hijo*²².

Contemporaneidad realizada por la fuerza del Pneuma

Como ya tuvimos ocasión de ver en nuestro artículo anterior, para Casel es obvio que, si los sacramentos nos transportan al «hoy» eterno de Dios, es porque en ellos actúa el Señor glorificado, ya que solo Él

²¹ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 179-180. Recordamos aquí la cita de Casel reportada en nuestro artículo *El sacramento como participación a la vida divina*, 225: «La acción de la vida eterna es una acción que tiene lugar en el cielo. En el misterio, actuamos en unión con esta acción celeste, somos introducidos en ella. Podemos solo intuir la naturaleza de esta acción celeste. Dios es al mismo tiempo quietud y eterna actividad. Dios es, en efecto, vida, más aún, es la vida, y donde hay vida debe haber también actividad. La vida tiende a difundirse. El Padre dona toda su vida al Hijo. El Hijo se dona a su vez, en el amor, al Padre; del Padre y del Hijo procede por espiración el Espíritu Santo. Este intercambio de vida, constituye, en la Trinidad, el perpetuo actuar y la acción propia de la vida eterna. En tal acción somos insertados nosotros por medio del misterio. Ya que el amor de Dios quiere participarse también a seres creados. Por amor Dios ha creado el mundo y los hombres: Él los ha redimido por medio de su Unigénito; a través del Hijo, hecho hombre, el *Pneuma* fluye incesantemente en los hombres y en toda la creación y, a través de Cristo, retorna nuevamente al Padre. Quien por lo tanto, en el misterio, se une a la acción del Señor, se encuentra siendo también partícipe de la actividad de la vida eterna. El actuar del hombre en el misterio se hace celeste, divino. Esta es la gran celebración a la cual, nosotros, un día participaremos en el Cielo. En la Liturgia, en algún modo, encontramos un inicio» (*Il mistero del culto cristiano*, 180-181).

²² Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 181.

puede llenarlos con la fuerza de su *Pneuma*²³. Los sacramentos tienen significado para la nuestra vida terrestre, tienen una existencia transitoria, mientras el ser propio del *Pneuma* evidentemente es eterno²⁴. La presencia de la acción salvífica, por su parte, implica una contemporaneidad nuestra con Cristo, con su Persona y con su acción, una comunidad de vida con Él²⁵. Es en el *Pneuma* que el cristiano toma siempre parte a la resurrección de Cristo, en la cual es introducido en un modo invisible pero real, y es estimulado a morir siempre de aquella muerte de la que ya ha muerto junto con Cristo. El *Pneuma* es la eliminación del tiempo que separa, hace que el hombre pneumático entre en el «*Christus aeternus*» y le hace en algún modo coeterno con Cristo²⁶. Casel describe el Bautismo como el «brazo» con el cual Cristo aferra al hombre y superando las barreras del espacio y el tiempo, lo transfiere al estado de contemporaneidad con Él. Mediante el Bautismo, el hombre se hace partícipe de la nueva era y está por eso mismo seguro de su futura aceptación al momento de la Parusía²⁷.

Contemporaneidad y cooperación con Cristo su obra de salvación

Casel insiste en que la secuela de Cristo no es una imitación puramente moral, se trata de obrar, junto con el Señor, su acción salvífica, presupuesto que sepamos desapegarnos de nosotros mismos para introducirnos en la acción salvífica objetiva de Cristo²⁸. En otras palabras, la contemporaneidad con la acción salvífica de Cristo implica una actuación en común con Él. ¿Cómo es esta actuación en común con Cristo desde el punto de vista del cristiano? A propósito del pasaje de Gál 6,14: «Lejos de mí gloriarme si no es en la cruz de Jesucristo, a través del cual el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo», Casel dice que Pablo, por su participación a la cruz y la resurrección de Cristo, ha sido *separado del mundo* e introducido en el Reino de Dios. Cristo

²³ Cf. *El sacramento como participación a la vida divina*, 226.

²⁴ Cf. *El mistero del culto cristiano*, 187.

²⁵ Cf. *El mistero del culto cristiano*, 193.

²⁶ Cf. *El mistero del culto cristiano*, 184. Es una coeternidad a modo de «arras», como indica en la página anterior, usando esta expresión paulina (cfr. 183).

²⁷ Cf. *El mistero del culto cristiano*, 186-187.

²⁸ Cf. *El mistero del culto cristiano*, 198.

ha muerto precisamente para salir de este mundo de pecado y abrir la nueva era de la justicia de Dios. Según Casel, el cristiano, por lo que hace a su *naturaleza inferior*, continúa a vivir en este mundo, que externamente va a peor quizás con vigor más fanático y funesto, y es perseguido, oprimido, asesinado; pero *interiormente* es él el vencedor, es el resucitado, es el eterno que ya está sentado sobre el trono junto al Padre. Así se explica que S. Pablo, por ejemplo, diga que ahora (*nûn*) Israel obtiene misericordia. S. Pablo interpreta la palabra «ahora» en sentido *místico*; ve, como Dios, solo un eterno «ahora»²⁹.

Se puede, sin embargo, hacer una observación a este último punto de la doctrina caseliana. Parece que Casel, interesado como está en fundar una *mística* sobre el culto, pone menos empeño en mostrar el culto también como fundamento de la *ética* y de la *acción* del cristiano *en el mundo*. Ciertamente la relación trascendencia-historia, o si se prefiere, historia-escatología es un punto de la teología en el que queda mucho por aclarar. Casel parece no tener muy en cuenta esta problemática. Se diría, por lo que apenas hemos visto, que relega el «ya» del Reino de Cristo a la esfera mística, interior, espiritual, mientras que el mundo presente, espacio-temporal, no parece ser transformado profundamente por el evento salvífico. Es sin embargo un punto en el que convendría ahondar a partir de la teología litúrgico-sacramentaria, porque, como ha puesto de relieve E. Ruffini³⁰, el problema de la relación trascendencia-historia, dado que se realiza en el misterio, podría encontrar una buena posibilidad de interpretación en perspectiva *simbólica* y mediante categorías simbólicas. Casel acierta en concebir los actos culturales como actos histórico-salvíficos, y en proponer la categoría del símbolo como camino de su interpretación; pero no puso de relieve que el símbolo, como expone Ruffini, además de establecer una relación objetiva con la realidad simbolizada, dice *tensión dinámica* hacia ella. Y precisamente porque postula un dinamismo de progresiva significación y comunicación de la realidad simbolizada, resulta la categoría más idónea para la interpretación de la relación historia-escatología³¹.

²⁹ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 194-196.

³⁰ E. RUFFINI – E. LODI, «*Mysterion*» e «*Sacramentum*» nei Padri della Chiesa, EDB, Bologna 1987, 51.

³¹ E. RUFFINI - E. LODI, «*Mysterion*» e «*Sacramentum*» nei Padri della Chiesa, 55.

Parecería que Casel, al hablar de misterio-memorial, tenga más en mente el memorial pagano, que era una pretensión de volver a la intemporalidad del acto salvífico originario, y no tanto el memorial hebraico-cristiano. Este es una celebración entendida como un actuar de Dios en la historia, que por una parte *re-presenta* el acto salvífico *originario* (el cual a su vez es también un actuar de Dios en la historia y no un evento puramente intemporal) y por otra *realiza anticipadamente* en alguna medida el Reino *escatológico*. De haber tomado este modelo más en consideración, hubiera recuperado la dimensión *profética* del memorial, como acto que por una parte trae al presente la fuerza salvífica divina, y por otra, empuja a los hombres a colaborar con ella en su *concreto actuar histórico*.

Mientras que la celebración mítica pagana tiende a oponerse a la decadencia del tiempo a través del eterno retorno a la situación originaria, la celebración judeo-cristiana se opone a esta decadencia a través de una *progresiva actuación* de la *escatología* futura, ya manifestada y realizada por Dios en la historia, *todavía no* en plenitud en todos los hombres y en todas las cosas. Cuando Casel dice que el creyente sumergido en el misterio «vive en perpetua celebración»³² debería haber señalado que ésta incluye la continua *in-formación* de las realidades temporales con la fuerza del Espíritu a la luz de la eternidad.

Aceptación eclesial de la doctrina caseliana sobre el año litúrgico

Después de la cuestión sobre el origen de las formas del culto cristiano, de la que ya he tenido ocasión de tratar³³, el tema más controvertido de Casel fue sin duda el de la presencia y la acción de los misterios de la vida del Señor en sus correspondientes fiestas del año litúrgico.

El papa Pío XII, en la encíclica sobre la liturgia *Mediator Dei* (1947) reconoce que «el año litúrgico, alimentado y seguido por la piedad de la Iglesia, no es una representación fría e inerte de cosas que pertenecen a tiempos pasados, ni un simple y desnudo recuerdo de una edad pretérita; sino más bien es Cristo mismo que persevera en su Iglesia y

³² *Il mistero del culto cristiano*, 181.

³³ Véase el ya citado artículo *El origen de las formas del culto cristiano según Odo Casel*, 475-495.

que prosigue aquel camino de inmensa misericordia que inició en esta vida mortal cuando pasaba haciendo el bien, con el bondadosísimo fin de que las almas de los hombres se pongan en contacto con sus misterios y por ellos en cierto modo vivan». Pero acto seguido añade: «Estos misterios no están presentes y obran constantemente de aquel modo incierto y oscuro que suponen (*effutiunt*) algunos escritores modernos, sino tal como nos lo enseña la doctrina católica; ya que según el parecer de los doctores de la Iglesia, son eximios ejemplos de cristiana perfección y fuentes de la divina gracia por los méritos y las oraciones de Jesucristo, y *perduran en nosotros por sus efectos*, siendo cada uno de ellos, según su propia índole, causa de nuestra salvación (*cum singula secundum indolem cuiusque suam salutis nostrae causa suo modo existant*)»³⁴. Parece ser que esta precisión de Pío XII iba dirigida contra la doctrina de Casel, a juzgar por una nota enviada por el Santo Oficio al Obispo de Salzburgo en la que se afirma que la encíclica no pretendía aprobar la doctrina de los que enseñan que «los misterios en el culto litúrgico están presentes no históricamente, sino mística y sacramentalmente, aunque realmente»³⁵.

La doctrina de la encíclica se remonta fundamentalmente a cuanto dice S. Juan Eudes en su *Tratado sobre el reino de Jesús*³⁶: «El Hijo de Dios quiere *comunicar* y *extender* en cierto modo y *continuar* sus misterios en nosotros y en toda su Iglesia, ya sea mediante las *gracias* que ha determinado otorgarnos, ya mediante los *efectos* que quiere producir en nosotros a través de estos misterios. En este sentido quiere *completarlos* en nosotros». Hay que notar, sin embargo, que el santo tiene expresiones muy semejantes a las de Casel: «De este modo el Hijo de Dios ha determinado *consumar* y *completar* en nosotros *todos los estados* y *misterios* de su vida. Quiere *llevar a término* en nosotros los misterios de su encarnación, de su nacimiento, de su vida oculta, formándose en nosotros y volviendo a nacer en nuestras almas por los santos

³⁴ Cf. DS 3855.

³⁵ Cf. DS *ibidem*, nota a pie. Casel, que no había visto en la encíclica más que una confirmación de sus doctrinas, murió algunos meses antes de que se escribiera la nota del Santo Oficio.

³⁶ Parte 3, 4: *Opera omnia* 1, 310-312. Cf. *Liturgia de las Horas*, 2ª lectura del viernes de la XXXIII semana.

sacramentos del Bautismo y de la sagrada Eucaristía, y haciendo que llevemos una *vida espiritual e interior*, oculta con él en Dios...»³⁷.

El tema de la presencia de los misterios de Cristo en las fiestas del año litúrgico es tratado por la *Sacrosanctum Concilium* en el n. 102, que dice: «La santa madre Iglesia considera deber suyo celebrar con un sagrado recuerdo en días determinados a través del año la obra salvífica de su divino Esposo. Cada semana, en el día que llamó “del Señor”, conmemora su Resurrección, que una vez al año celebra también, junto con su santa Pasión, en la máxima solemnidad de la Pascua. Además, en el círculo del año desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor. Al conmemorar así los misterios de la Redención, abre las riquezas de las virtudes (*divitias virtutum*) y de los méritos de su Señor, de tal manera que se los hace presentes en cierto modo, durante todo tiempo, a los fieles, para que los alcancen y se llenen de la gracia de la salvación». Este párrafo es recogido literalmente por el *Catecismo* en el n. 1163. Como se ve, el Concilio se limita a señalar que los misterios se hacen presentes «en cierto modo», abriendo a los fieles las riquezas de las virtudes y los méritos de Jesucristo. La palabra «virtudes» en este contexto no parece que se deba interpretar como los «hábitos morales» de Jesucristo, en cuyo caso se trataría solo de los «eximios ejemplos» a los que hace alusión la *Mediator Dei*, sino más bien se refiere a las «fuerzas» que dimanaban de Cristo, como cuando en el n. 7, la misma constitución conciliar dice que Cristo está presente en los sacramentos «*virtute sua*»³⁸.

El pasaje de S. Juan Eudes previamente expuesto, viene citado en el *Catecismo*, en el n. 521, como explicación de las siguientes afirmaciones: «Todo lo que Cristo ha vivido, Él hace en modo que podamos vivirlo en Él y Él pueda vivirlo en nosotros. “Con la encarnación, el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre” (GS n. 22). Estamos llamados a formar una sola cosa con Él, Él nos hace comulgar como miembros de su cuerpo en lo que Él vivió en su carne y como modelo nuestro». Como se ve el *Catecismo* da dos razones por las que podemos

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ Es significativo que la versión italiana del *Catecismo* traduzca «*divitias virtutum*» por «*ricchezze delle azioni salvifiche*».

comunicar con Cristo: la de ser hombres, a causa de la Encarnación, y la de ser miembros de su Cuerpo. De ahí que entrando a formar parte de su cuerpo por el bautismo y alimentando esta pertenencia por medio de los sacramentos, comunicamos con los misterios de la vida de Cristo.

Previamente, en el n. 516, había afirmado: «Toda la vida de Cristo es *revelación* del Padre; sus palabras y sus acciones [...] los más pequeños aspectos de sus misterios nos manifiestan el amor de Dios por nosotros». Y en el n. 517: «Toda la vida de Cristo es Misterio de *Redención*, la Redención es fruto ante todo de la sangre de la cruz, pero este Misterio opera en toda la vida de Cristo: ya en su Encarnación [...] en su vida oculta [...] en las curaciones y exorcismos [...] en su Resurrección, con la cual nos justifica». Y más adelante, en el n. 1115: «Las palabras y las acciones de Jesús durante su vida oculta y su ministerio público eran ya salvíficas. *Anticipaban* la fuerza de su Misterio Pascual. *Anunciaban* y preparaban aquello que Él daría a la Iglesia cuando todo tuviese su cumplimiento. Los *misterios de la vida* de Cristo son los *fundamentos* de lo que, en adelante, por los ministros de su Iglesia, Cristo dispensa en los sacramentos»³⁹.

Pero el párrafo que más se acerca a la temática expuesta por Casel es el n. 1085: «En la Liturgia de la Iglesia, Cristo significa y realiza *principalmente* su Misterio Pascual. Durante su vida terrena, Jesús *anunciaba con sus enseñanzas y anticipaba con sus acciones* el Misterio Pascual. Llegada su *Hora*, vive el único evento de la historia *que no pasa*: Jesús muere, es sepultado resucita de entre los muertos y se sienta a la derecha del Padre de “una vez por todas” (Rm 6,10; Heb 7,27; 9,12). Es un evento real, sucedido en nuestra historia, pero es único: todos los otros eventos de la historia ocurren una vez, después pasan, sumergidos en el pasado. El Misterio Pascual de Cristo, en cambio, no puede permanecer únicamente en el pasado, del momento en que con su muerte, él ha destruido la muerte, y todo lo que Cristo *es* y todo lo que *ha cumplido y sufrido* por todos los hombres, *participa de la eternidad divina y por eso abraza todos los tiempos y en ellos se hace presente*. El evento de la cruz y de la resurrección permanece y a trae a todos a la vida».

³⁹ Este número pertenece a la sección titulada *El Misterio Pascual en los sacramentos de la Iglesia*, pero indirectamente aclara también el tema de la presencia del Misterio pascual en las celebraciones del Año litúrgico.

Dos cosas saltan a la vista: primero, que en la Liturgia se celebra «principalmente» el Misterio Pascual, con lo cual no se excluyen los otros misterios, de forma subordinada; segundo, la aceptación de la idea expuesta por Casel de la permanencia de «todo lo que Cristo es y ha sufrido y cumplido por todos los hombres»: permanece porque el Misterio Pascual es la «hora» de Jesús, «el único evento de la historia que no pasa».

Más adelante, en el n. 1165, el *Catecismo* identifica el «hoy» de la Liturgia con la «hora» de Jesús: «Cuando la Iglesia celebra el misterio de Cristo, una palabra jalona su oración: “¡Hoy!”, como eco de la oración que le enseñó su Señor (Mt 6,11) y de la llamada del Espíritu Santo (Hb 3,7-4, 11; Sal 95,7). Este “hoy” del Dios vivo al que el hombre está llamado a entrar, es la “Hora” del Pascua de Jesús, que constituye el eje de toda la historia humana y la guía». A continuación, añade un bello texto de S. Hipólito sobre «el *día* de luz, largo, eterno, que no se extingue: la Pascua mística».

El *Catecismo* afirma la centralidad de la Pascua en el Año litúrgico, como fuente de la irrupción del Reino de Dios en la historia, cuando dice: «A partir del “Triduo Pascual”, como de su fuente de luz, el tiempo nuevo de la Resurrección llena todo el año litúrgico con su resplandor. De esta *fuentes*, por todas partes, el año entero queda transfigurado por la Liturgia. Es realmente “año de gracia del Señor” (cfr. Lc 4,19). La economía de la salvación actúa en el marco del tiempo, pero desde su cumplimiento en la Pascua de Jesús y la efusión del Espíritu Santo, *el fin de la historia es anticipado*, como pregonado, y *el Reino de Dios irrumpe en el tiempo* de la humanidad»⁴⁰.

Por otra parte, también afirma la *inclusión* de los demás misterios en la celebración del Año litúrgico: «El Año litúrgico es el desarrollo de los *diversos aspectos del único Misterio Pascual*. Esto vale muy particularmente para el ciclo de las fiestas en torno al Misterio de la Encarnación (Anunciación, Navidad, Epifanía) que conmemoran el comienzo de nuestra salvación y nos comunican las primicias del Misterio de Pascua»⁴¹.

⁴⁰ *CIC*, n. 1168.

⁴¹ *CIC*, n. 1171.

Respecto al papel de la Palabra de Dios en la Anámnesis de la celebración litúrgica, se pueden consultar los nn. 1100-1104: «El Espíritu Santo *recuerda* primeramente a la asamblea litúrgica el sentido del acontecimiento de la salvación *dando vida a la Palabra de Dios*, que es *anunciada* para ser *recibida* y *vivida*...⁴² A través de las palabras, las acciones y los símbolos que constituyen la trama de la una celebración, el Espíritu Santo pone a los fieles y a los ministros en *relación viva* con Cristo, Palabra e Imagen del Padre⁴³ El plan de la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas; [...] las palabras *proclaman* las obras y *explican* su misterio (DV 2). En la Liturgia de la Palabra, el Espíritu Santo “recuerda” a la asamblea todo lo que Cristo ha hecho por nosotros⁴⁴. La Liturgia cristiana *no solo recuerda* los acontecimientos que nos salvaron, sino que los *actualiza*, los *hace presentes*. El Misterio Pascual de Cristo se celebra, *no se repite*, son las celebraciones las que se repiten; en cada una de ellas tiene lugar la *efusión* del Espíritu Santo que *actualiza* el único Misterio»⁴⁵.

En mi parecer, el *Catecismo*, aun citando el párrafo de S. Juan Eudes usado por la *Mediator Dei* para contrastar o al menos temperar la doctrina de Casel, la termina admitiendo en líneas generales, pues concuerda con él en una idea fundamental, puesta de relieve por S. Marsili en su introducción⁴⁶: la de la *concentración* de todos los *misterios* de la vida de Cristo en el *Misterio Pascual*, de lo cual se puede deducir la *concentración* de la *presencia* de todos los misterios en la *Celebración Eucarística*, ya que es la conmemoración actualizante por excelencia del Misterio Pascual. Que todos los hechos de la vida de Cristo, y no solo los de su Pasión y muerte, forman parte de la Pascua y son celebrados memorialmente en la Eucaristía, el *Catecismo* lo afirma más adelante, en el n. 1409, donde dice: «La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, *es decir, de la obra de la salvación* realizada por la *vida*, la muerte y la resurrección de Cristo, obra que *se hace presente* por la acción litúrgica». Recordemos que Casel dice: «El año litúrgico no es una reproducción dramática de la vida de Cristo, sino que *en cada*

⁴² CIC, n. 1100.

⁴³ CIC, n. 1101.

⁴⁴ CIC, n. 1103.

⁴⁵ CIC, n. 1104.

⁴⁶ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 8.

celebración aparentemente parcial, es celebrada la Misa, en la cual ocurre el todo. El misterio está siempre completo»⁴⁷.

Con esto vemos cómo la doctrina de Casel se ha ido abriendo paso en la doctrina común de la Iglesia: podemos resumir así la tesis central: a causa de la Encarnación, todos los hechos de la vida de Cristo son salvíficos; comienzan y anuncian el Misterio Pascual, en el cual alcanzan su culmen; más aún, este misterio está presente y operante en cada hecho de la vida de Cristo. Al celebrar en cada Eucaristía el Misterio Pascual, implícitamente, se celebran los demás misterios. En cada fiesta en particular, las lecturas y oraciones señalan el aspecto bajo el cual la totalidad del Misterio Pascual es hecha presente en el «hoy» de la Liturgia.

II. El día litúrgico y la oración sacramental

El día litúrgico y la Liturgia de las Horas

En su capítulo dedicado al día litúrgico, Casel explica que así como el *año* es imagen de la vida del hombre, y en él, de toda la humanidad y de toda la historia salvífica, así también cada *día* constituye una *imagen analógica* capaz de convertirse en cuadro y *símbolo* del Misterio de Cristo. Como en la historia de la salvación el Misterio Pascual constituye el momento culminante, así también la *Misa* es el *corazón* de cada día. Y como el Año litúrgico desarrolla el Misterio Pascual, así la celebración cotidiana de la Misa queda envuelta y *desarrollada* por el *Oficio Divino*. El Oficio es la oración de la Iglesia que se dispone *en torno* al sacrificio⁴⁸. Oración y sacrificio son las dos vertientes, interna la una, externa el otro, del deseo de donación a Dios⁴⁹.

Según Casel, en la antigüedad, sea pagana que hebraica, se corría el riesgo sea de caer en una pura *exterioridad* en el sacrificio, sea de caer en un puro *intimismo* en la oración. El Cristianismo sintetizó ambos aspectos en la «*ofrenda espiritual*», la «*oblato rationabilis*» del

⁴⁷ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 193.

⁴⁸ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 120.

⁴⁹ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 121.

canon romano, pero este sacrificio espiritual se identifica con aquel que hoy llamamos el sacrificio de la Misa. Es *Jesucristo*, el Hijo de Dios hecho hombre, el que bajo el velo de las místicas especies, *presenta su ofrenda al Padre celeste*. Y *la comunidad se une* a la ofrenda de Cristo *con su espíritu lleno de Espíritu divino* y por Él animado, y de este modo *la Iglesia cumple, junto a su Cabeza* la ofrenda espiritual y total al eterno Padre. La acción objetiva de Cristo y la acción de la comunidad, que se une con el sentimiento, con la acción de gracias, con la alabanza en la ofrenda, tomadas en conjunto, constituyen *la Eucaristía cristiana, la oración que es sacrificio, el sacrificio que es oración*. En torno a la plegaria eucarística se recogen, en *círculos concéntricos*, las otras oraciones y las lecturas de la Misa, y después de la Misa el Oficio Divino en su conjunto⁵⁰.

La oración cristiana es oración sacramental

Casel saca las consecuencias de la unión entre Liturgia de las Horas y Celebración Eucarística; afirma que los pensamientos grandiosos que la acción sacrificial esconde en sí, y que el canon de la Misa trata de expresar, se reflejan en el *oficio*, que, por así decir, los *subdivide* en sus componentes. Los misterios del plan salvífico de Dios encuentran todos su amorosa *representación y conmemoración* en la oración cotidiana de la Liturgia. Casel admite una presencia de Cristo «*virtute sua*» en la Liturgia de las Horas análoga a la que tiene en los sacramentos cuando afirma que la *fuerza* que la acción redentora de Cristo *irradia* en torno a sí, es tan operante que *la oración participa del valor sacramental del acto sacrificial* y es elevada al *valor objetivo* de este. Pero va más allá; afirma que *toda oración cristiana*, de la *Iglesia* y de *cada alma*, se convierte así en *oración de Cristo*, «en el nombre de Cristo». La oración cristiana no es solo la imploración de una solitaria alma humana, sino la oración de la Iglesia unida con Cristo con la misma intimidad con que el esposo está unido con la esposa y el cuerpo con la cabeza⁵¹.

⁵⁰ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 121-123.

⁵¹ Cf. *Il mistero del culto cristiano*, 124-125.

Aceptación eclesial de esta visión

Podemos decir que la *Sacrosantum Concilium* afirma el valor sacramental (aunque no igual, sino análogo, al de los siete sacramentos) de la oración del Oficio Divino, cuando dice que «Cristo está presente cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: “donde estén dos o tres congregados en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos”» (n. 7). Y más adelante: «El Sumo Sacerdote de la nueva y eterna Alianza, Jesucristo, al asumir la naturaleza humana, *introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente* en las moradas celestiales. Él mismo *une a Sí* la comunidad entera de los hombres y *la asocia* con Él entonando este divino himno de alabanza. En efecto, esta función *sacerdotal* se prolonga *a través de su Iglesia*, que, sin cesar, alaba al Señor e intercede por la salvación de todo el mundo no solo celebrando la Eucaristía, sino también de otras maneras, principalmente recitando el Oficio divino (n. 83) Cuando los sacerdotes y los que han sido destinados a esta tarea por la Iglesia, o los fieles juntamente con el sacerdote, oran en la forma establecida, entonces es realmente la voz de la misma Esposa la que habla a su Esposo; más aún, *es la oración de Cristo, con su mismo Cuerpo al Padre*» (n. 84).

Por su parte, la constitución apostólica *Laudis canticum*⁵² afirma: «La Liturgia de las horas *extiende* a los distintos *momentos* el día la alabanza y la acción de gracias, así como el recuerdo de los misterios de salvación, las súplicas y el gusto anticipado de la gloria celeste, que se nos ofrecen en el Misterio Eucarístico, “centro y cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana”⁵³» (n. 12). Y añade: «La *obra* de la *redención* de los hombres y de la perfecta *glorificación* de Dios es *realizada* por Cristo en el Espíritu Santo por medio de su Iglesia no solo en la celebración de la Eucaristía y en la administración de los sacramentos, sino *también*, con *preferencia* a los modos restantes, *cuando se celebra la Liturgia de las Horas*. En ella, Cristo está *presente* en la asamblea congregada, en la palabra de Dios que se proclama y “cuando la Iglesia suplica y canta salmos” (*SC 7*)» (n. 13).

⁵² De Pablo VI, para la promulgación el Oficio Divino reformado, a. 1970.

⁵³ Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Presbyteriorum ordinis*, n. 5; Decreto *Christus Dominus*, n. 30.

El *Catecismo* introduce, sin embargo, un moderado «quasi» entre la Celebración Eucarística y su prolongación en la Liturgia de las Horas: «La Liturgia de las Horas que es *como* una prolongación de la Celebración Eucarística»⁵⁴. Esto quiere decir que continúa la acción sacramental de la Celebración Eucarística según un modo *análogo*.

Oración litúrgica y oración privada

Queda por observar que Casel no resuelve el problema de la diferencia en cuanto a valor cultural de la oración litúrgica y de la oración privada del cristiano, que es todavía una cuestión abierta⁵⁵. Ciertamente, la *Mediator Dei* en el n. 31 afirmó que «Sin duda, la oración litúrgica, siendo súplica pública de la ínclita Esposa de Cristo tiene una dignidad mayor que la oración privada; pero esta superioridad no quiere decir que entre ellas se dé contraste u oposición. Ambas se armonizan y se funden porque están animadas de un mismo Espíritu, “todo y en todos Cristo” (Col 3,11) y tienden al mismo fin, hasta que Cristo se forme en nosotros»⁵⁶, idea recogida en la *Sacrosantum Concilium* n. 12, en la que claramente se distingue la oración privada de la participación en la sagrada Liturgia, pero al mismo tiempo se reconoce que una vez recibida la ofrenda de la víctima espiritual, el Señor hace de nosotros una ofrenda eterna para sí.

La constitución apostólica *Laudis canticum* reconoce que la oración privada «la realizan los miembros de la Iglesia por medio de Cristo y en el Espíritu Santo» sin embargo «la oración comunitaria encierra una especial dignidad, conforme a lo que el mismo Cristo manifestó: “donde estén dos o tres reunidos en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos”» (n. 9). Finalmente, el *Catecismo de la Iglesia Católica* da una pista de solución poniendo la oración privada en continuidad con la oración litúrgica: «La *misión* de Cristo y del Espíritu Santo que, en la Liturgia de la Iglesia, anuncia, actualiza y comunica el Misterio de la

⁵⁴ CIC, n. 1178.

⁵⁵ Cf. p. ej. S. MARSILI, *Liturgia*, en *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Ediciones Paulinas, Madrid 1987, 1144-1163 (sobre todo el punto VI: *Culto privado y Liturgia*, 1158-1161). Ver también el artículo de E. McNAMARA, *The Theological Status of Pious Practices*, en *Alpha Omega* 1 (1998), 105-119.

⁵⁶ Reportado por Neunheuser en página 159.

salvación, *prosegue* en el corazón que reza. Los Padres de la vida espiritual a veces paragonaban el corazón a un altar. La oración *interioriza* y *asimila* la Liturgia *durante* y *después* de su celebración. Aunque cuando se vive “en lo secreto” (Mt 6,6), la oración es *siempre oración de la Iglesia*, es comunión con la Santísima Trinidad»⁵⁷. También afirma que la Liturgia de las Horas «no excluye, sino que requiere, de modo complementario, las diversas devociones del Pueblo de Dios». Con lo cual las devociones se colocan en un nuevo círculo concéntrico alrededor de la Liturgia de las Horas.

Summary: The aim of this article is to draw out the consequences of the affirmation that we are rendered contemporaneous with Christ through the Liturgy of the Church. We shall follow the exposition made by Odo Casel in *The Mystery of Christian Worship (Das christliche Kultmysterium)* and then we shall see how this teaching is reflected and developed in the current doctrine of the Church, taking as our points of reference the documents of the *Second Vatican Council* and the *Catechism of the Catholic Church*. Casel deals with the argument of the presence of the Mystery of Christ in the liturgical year, both as a whole and in each of its various times and feasts. Then he goes on to analyze this presence on the liturgical day, rhythmized by the celebration of the Liturgy of the Hours. Since the Liturgy of the Hours is fundamentally prayer, in addressing this theme Casel will also develop his doctrine on Christian prayer and its sacramental relationship with the prayer of Christ.

Key words: mystery of worship, Odo Casel, mystery, sacrament, liturgy, time, eternity.

Sommario: È intenzione di questo articolo trarre le conseguenze dell'affermazione della nostra contemporaneità con Cristo attraverso la Liturgia della Chiesa. Seguiremo l'esposizione che Odo Casel fa in *Il mistero del culto cristiano (Das christliche Kultmysterium)* e poi vedremo come questo insegnamento si riflette e si sviluppa nell'attuale dottrina della Chiesa, prendendo come punti di riferimento i documenti del *Concilio Vaticano II* e il *Catechismo della Chiesa Cattolica*. Casel affronta l'argomento della presenza del Mistero di Cristo nell'anno liturgico, sia nel suo insieme che in ciascuno dei suoi vari tempi e feste. Dopodiché passa ad analizzare questa presenza nel giorno liturgico, ritmata dalla celebrazione della Liturgia delle Ore. Poiché la Liturgia delle Ore è fondamentalmente preghiera, nell'affrontare questo tema Casel svilupperà anche la sua dottrina sulla preghiera cristiana e il suo rapporto sacramentale con la preghiera di Cristo.

Parole chiave: Mistero del culto, Odo Casel, mistero, sacramento, liturgia, tempo, eternità.

⁵⁷ CIC, n. 2655.